

*Palabras del P. Del Col, sdb, en el Acto de Colación de Grado del 7 de junio de 2008*

En esta Colación de Grado van a recibir su diploma profesional un nutrido grupo tanto de psicopedagogos como de profesores de psicología.

En toda Colación de Grado se suele felicitar a quienes han concluido aiosamente sus estudios superiores deseándoles a la vez un venturoso porvenir profesional. Es lo que hago ahora con ustedes, noveles egresados, en representación también de los demás directivos, así como de los docentes y personal administrativo y de maestranza que los acompañaron en su carrera estudiantil.

Ustedes, unos y otros, eligieron una carrera humanística; más aún, una carrera relacionada en forma especial con la psique, el alma, la persona humana en su dimensión espiritual. La misma denominación de las carreras que cursaron, alude a la psique: *psicopedagogía* y *psicología*. Ambas son carreras que conducen al ejercicio de profesiones de trascendencia social, ya que tienden al logro de personalidades sanas, maduras, mediante la asimilación de valores auténticamente humanos. Con razón se habla de la psicología, y cabría decirlo también de la psicopedagogía, como de una ciencia y consiguiente profesión de interés social e incluso de riesgo social.

Es pues natural preguntar respecto a ustedes: “¿Qué las/los espera en adelante? ¿Con qué se van a encontrar? ¿Con qué tipo, o mejor dicho, con qué tipos de jóvenes educandos?”

Antes se repetía: “Juventud, divino tesoro”. Hoy tal afirmación no suscita un consenso universal ni mucho menos. Hay serias discrepancias de pareceres en cuanto a la juventud.

Así, un artículo publicado en *La Nación* el día 1º de este mes, lleva por título: “Jóvenes optimistas, aunque con dudas”; y en el subtítulo se consignan estos datos: “el 65 % cree en un futuro mejor que el de sus padres, pero les preocupa su perspectiva laboral; el 70 % quiere casarse”. Son datos derivados de una encuesta que se llevó a cabo recientemente en todo el país por TNS Gallup Argentina.

Pero hace ya diez años que la revista *Criterio* -como lo recuerda el *Boletín Salesiano* en su último número de este mes de junio- sostenía lo siguiente: “El grado de desesperación y desesperanza de los jóvenes de hoy es muy grande. Perciben que no existe futuro para ellos” (p. 9).

Un fenómeno innegable que enturbia hoy el panorama juvenil es la violencia. Esta, sin embargo, atraviesa e impregna toda la sociedad. Se afirma sin ambages que estamos en una cultura violenta. El citado número del *Boletín Salesiano* está dedicado en buena parte al tema de la violencia con artículos tales como: *Violencia como si nada ...*, *La violencia y su respuesta*, *Una cultura violenta*, *Un sordo clamor que invoca nuestra pater(mater)nidad*, *Digo no! a la violencia*. El número de junio de *Selecciones* trae un amplio artículo sobre *Violencia Escolar*.

Desde luego, el joven es un reflejo o espejo de la sociedad en que se halla inserto. Así en el citado artículo *Violencia como si nada ...* se lee: “Nuestra agresión demuestra una forma de relacionarnos que el otro, sobre todo si es un chico, aprende y va descubriendo la violencia como la única forma de establecer contacto con otros” (*Boletín Salesiano*, junio de 2008, p. 6).

A una “violencia que ya no duele”, según se dijo, inducen ciertos programas de televisión o ciertos juegos de video o internet. Los especialistas advierten que quienes pasan largas horas frente a programas y juegos con cierto grado de agresividad, se pueden volver “inmunes” al horror de la violencia y llegar a aceptarla como un modo de resolver problemas (ib.).

Nada extraño entonces que la violencia se haya instalado también en las aulas y escuelas. En nuestro país se han registrado numerosos casos de agresiones: con golpes y cadenas, con cuchillos y navajas e incluso con armas de fuego. Los especialistas dicen que esto ocurre como reflejo de una sociedad desigual, con falta de perspectivas de futuro, con pérdida de valores y de respeto a la autoridad (*La Mirada de Jokin*, 14 de mayo de 2006, p. 1).

Hoy se alude también a un especial fenómeno de violencia escolar, el así llamado “bullying”, palabra inglesa de nuevo cuño, que significa acoso escolar u hostigamiento, amedrentamiento, patoterismo, matonismo en el ámbito escolar. La burla y la cargada existieron siempre, pero nunca con el enorme monto de violencia actual. “No hay estadísticas exactas, pero se calcula que en la Argentina hay aproximadamente 240 mil adolescentes que estarían sufriendo este síndrome de bullying con riesgos de lesiones graves, intentos de suicidio, depresión, alteraciones de conducta y abandono escolar” (*La Mirada de Jokin*, 1 de junio de 2006, p. 1-2).

También en nuestro medio local se da el bullying o acoso escolar. Según una encuesta realizada entre abril y junio del año pasado en 616 adolescentes de Bahía Blanca, Puán y Benito Juárez, el 9, 2 % de ellos resultó víctima del bullying, siendo más a menudo víctimas los varones entre 14 y 15 años y las chicas entre 12 y 13 (*Selecciones*, junio de 2008, p. 40-41).

La manera más eficaz para prevenir el acoso escolar es el diálogo con los chicos (ib., p. 43-44). Es tarea que tiene que ser asumida de mancomún por la familia y la escuela.

Dejo de seguir apuntando fallas de la actual situación escolar y de la situación juvenil en general, como comportamiento irrespetuoso, falta de valores morales, superficialidad, liviandad, vivir en la instantaneidad, ausencia de proyectos de vida, etc.

De todos modos, corresponde, tratándose de educadores, enfrentarlo todo como un desafío, con esperanza y sobre todo con amor. En su tiempo don Bosco recomendaba encarecidamente a sus hijos espirituales: “Amen a los muchachos”. Y observaba, por ejemplo: “Se obtendrá más con una mirada de caridad, con una palabra de aliento, que con muchos reproches” (MB XVI, 444; Mbe XVI, 371).

Les deseo que también ustedes, noveles psicopedagogos y noveles profesores de psicología, sepan educar con el corazón, con comprensión y magnanimidad, confiando en el fondo de bondad e idealismo latente en cada joven. Sepan ofrecer a los jóvenes una educación de calidad en lo intelectual y más todavía en lo humano. Sepan cultivar en ellos la verdad, la veracidad, el diálogo, la bondad, la solidaridad. Y ustedes, en primer término, den un límpido testimonio de estos y demás valores que entienden proponerles.

Pido al Corazón de Jesús, en cuyo mes estamos, que en su vida y en su profesión manifiesten constantemente un corazón semejante al suyo. Jesús mismo dijo: “Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón”.